

# Psicología de los impulsivos

Por **ENRIQUE GUARNER**

En la naturaleza los animales actúan directamente sus instintos, mientras los seres humanos, internamente vigilados por los conceptos del bien y el mal, hemos aprendido a dominar la mayoría de los impulsos en favor de aquello a lo que denominamos civilización. Los psiquiatras conocemos como impulsivas a las personas incapaces de detener los estímulos que invaden su conciencia obligándolos a realizar actos condenables para la preservación de la sociedad en que vivimos. Siempre debemos diferenciar a estos sujetos de los compulsivos en los cuales la voluntad frena la conducta normal. En otras palabras, en estos últimos se establece una lucha interna entre los pros y contras en la ejecución del acto y gana siempre la responsabilidad que sienten.

Entre las personas a las que catalogamos como compulsivas se encuentran los pirómanos que por causas morbosas provocan incendios. Antes de cometer este acto surge en ellos una extrema intranquilidad que no pueden controlar por su capacidad de juicio. En seguida se establece una situación subjetivamente intolerable, por lo que de inmediato adquieren el material con el que quemarán al objeto planeado, el cual puede variar desde papeles, libros o una pieza de ropa, hasta alcanzar el grado de una casa o de todo un bosque, como sucedió en México durante el verano en 1998. En su trayecto la persona jamás recapacita sobre el daño que causará a terceros y no halla explicación alguna a su conducta que no resulta entendible para él.

Los casos de piromanía son más frecuentes en hombres que en mujeres y suele desarrollarlos personas no mayores de 40 años. Sus autores rara vez se rodean de cómplices y suelen permanecer en el anonimato. Generalmente nunca presentan mayores alteraciones mentales a excepción de la extravagancia que sufren. Al examinar los antecedentes del pirómano encontramos con frecuencia incontinencia urinaria y enuresis infantil, lo que nos hace pensar en lo que en una época el psicoanálisis describió como el carácter uretral de la ambición. El niño que se orina encima es ridiculizado, por lo que a través de la piromanía se venga de las reprimendas del pasado.

Otras personas impulsivas todavía más comunes son los cleptómanos, dedicados al robo de diferentes objetos. Entre ellos encontramos aquellos que hurtan como resultado de una pasajera obnubilación y los que conscientemente

y de manera lúcida se apoderan de lo que desean. En el primer caso la persona no se da cuenta de su acción obedeciendo a un estímulo repentino sin finalidad alguna. En cambio, los segundos resultan difíciles de distinguir de los delincuentes.

El acto del cleptómano tiene como punto de partida el terrible consumismo bajo el cual vivimos con la constante exposición a objetos superfluos derivados de la moda. Ellos provocan una ilimitada tentación y sin embargo, no resulta nada raro encontrar cleptómanos pertenecientes a familias ricas y honorables, por lo que su conducta llama la atención entre quienes le rodean. Incluso se sabe de casos de millonarios a los que les sobraba el dinero para comprar lo que robaban. También han aparecido dentro de la literatura psiquiátrica cleptómanos de gran inteligencia que socialmente son reconocidos como intachables. Las víctimas de este impulso pueden llevarse desde objetos de gran valor como libros reconocidos hasta artículos innecesarios como una pipa, un cepillo de dientes o un jabón. Se sabe de casos de cleptómanos que una vez que han tenido éxito en la operación regresan lo robado a sus dueños legítimos. De la misma manera se han descubierto sótanos y desvanes repletos de objetos hurtados que no fueron descubiertos hasta años después de su muerte. Numerosos cleptómanos pertenecen al grupo de coleccionistas especializándose en acumular faltantes que guardan religiosamente como si fueran tesoros. En todo cleptómano hallamos una compensación a las renunciadas de la infancia y una búsqueda del cariño del que se careció de parte de los padres.

Otra forma de impulsividad es la de los apostadores que no pueden detenerse ante el triunfo porque retornan al juego hasta que pierden cuanto ganaron. En el fondo gozan con la turbación e inquietud que provoca tanto el ambiente que acompaña la victoria como el de la derrota y por ello vuelven a arriesgar lo conquistado en nuevas justas. Parecería que el apostador presenta el deseo inconsciente de perder, el cual es más poderoso que el consciente de adueñarse de una fortuna.

El fracaso se constituye en la penalización que se paga al recrear la omnipotencia como una agresión contra los padres y educadores. En todo apostador notamos la existencia de la urgencia masoquista que los hace reprochar al mundo las injusticias a las que les sometieron los progenitores. Durante el juego se dicen: "puedo ganar a pesar de

las pocas posibilidades y las reglas que implantaron mis padres".

Desde el punto de vista psiquiátrico encontramos varios tipos de apostadores que son: el clásico, en que predomina la omnipotencia, asegurando que tarde o temprano llegará la fortuna; los motivados por culpa inconsciente, que viven el juego como expiación o castigo; los defensivos con ideas de superioridad que disminuyen a sus rivales creyéndose más audaces e inteligentes; los flemáticos que se mantienen en una actitud desligada fingiendo falta de excitación en cuanto acontece y los cambiantes que pasan de la furia a la conmiseración.

Por último, debemos citar entre los compulsivos a los mitómanos o mentirosos que imponen logros ficticios a sus pobres alcances. Habitualmente engrandecen su posición social, los éxitos afectivos con enamoramientos imposibles o que poseen una riqueza inexistente. Obviamente sufren un problema de identidad y odian lo que son, adoptando una falsa personalidad.

## Orígenes de la impulsividad

Las personas impulsivas niegan los peligros y presentan como característica esencial la IRRESISTIBILIDAD de sus acciones. Lógicamente tenemos que remontarnos a su infancia para encontrar el origen de la situación impulsiva, cuando el niño comienza a dominar sus movimientos y sus padre posponen actos que no sean los coordinados impidiéndoles lo deseado. En todo carácter impulsivo hallamos una agresión que se expresa libremente y sin ambivalencia, porque la persona lucha contra un mundo que quiere someterlos. Sus relaciones se vuelven caóticas porque alteran su narcisismo y la imagen megalomana que viven. Un caso típico sería el de Carlos Salinas de Gortari, quien primero atacó a su sirvienta, más tarde a un caballo y finalmente su impulso no se detuvo ante su propio pueblo.

En 1927 Sigmund Freud se interesó en el caso de Dostoievsky, quien era un jugador empedernido, buscando castigo. Recuérdese que como apostador permanecía en la mesa de juego hasta perder cualquier cantidad de dinero. De inmediato recurría a su esposa (figura materna) a la que le daba su palabra de honor de que lo que le prestara solamente lo utilizaría para pagar las deudas, pero en cuanto contaba una cantidad rompía la palabra dada y arriesgaba lo que había adquirido perdiéndolo sin remedio. Entonces se humillaba pidiendo el correspondiente regaño repitiendo la operación.

# Psicología de los impulsivos

Por **ENRIQUE GUARNER**

En la naturaleza los animales actúan directamente sus instintos, mientras los seres humanos, internamente vigilados por los conceptos del bien y el mal, hemos aprendido a dominar la mayoría de los impulsos en favor de aquello a lo que denominamos civilización. Los psiquiatras conocemos como impulsivos a las personas incapaces de detener los estímulos que invaden su conciencia obligándolos a realizar actos condenables para la preservación de la sociedad en que vivimos. Siempre debemos diferenciar a estos sujetos de los compulsivos en los cuales la voluntad frena la conducta normal. En otras palabras, en estos últimos se establece una lucha interna entre los pros y contras en la ejecución del acto y gana siempre la responsabilidad que sienten.

Entre las personas a las que catalogamos como compulsivas se encuentran los pirómanos que por causas morbosas provocan incendios. Antes de cometer este acto surge en ellos una extrema intranquilidad que no pueden controlar por su capacidad de juicio. En seguida se establece una situación subjetivamente intolerable, por lo que de inmediato adquieren el material con el que quemarán al objeto planeado, el cual puede variar desde papeles, libros o una pieza de ropa, hasta alcanzar el grado de una casa o de todo un bosque, como sucedió en México durante el verano en 1998. En su trayecto la persona jamás recapacita sobre el daño que causará a terceros y no halla explicación alguna a su conducta que no resulta entendible para él.

Los casos de piromanía son más frecuentes en hombres que en mujeres y suele desarrollarlos personas no mayores de 40 años. Sus autores rara vez se rodean de cómplices y suelen permanecer en el anonimato. Generalmente nunca presentan mayores alteraciones mentales a excepción de la extravagancia que sufren. Al examinar los antecedentes del pirómano encontramos con frecuencia incontinencia urinaria y enuresis infantil, lo que nos hace pensar en lo que en una época el psicoanálisis describió como el carácter uretral de la ambición. El niño que se orina encima es ridiculizado, por lo que a través de la piromanía se venga de las reprimendas del pasado.

Otras personas impulsivas todavía más comunes son los cleptómanos, dedicados al robo de diferentes objetos. Entre ellos encontramos aquellos que hurtan como resultado de una pasajera obnubilación y los que conscientemente

y de manera lúcida se apoderan de lo que desean. En el primer caso la persona no se da cuenta de su acción obedeciendo a un estímulo repentino sin finalidad alguna. En cambio, los segundos resultan difíciles de distinguir de los delincuentes.

El acto del cleptómano tiene como punto de partida el terrible consumismo bajo el cual vivimos con la constante exposición a objetos superfluos derivados de la moda. Ellos provocan una ilimitada tentación y sin embargo, no resulta nada raro encontrar cleptómanos pertenecientes a familias ricas y honorables, por lo que su conducta llama la atención entre quienes le rodean. Incluso se sabe de casos de millonarios a los que les sobraba el dinero para comprar lo que robaban. También han aparecido dentro de la literatura psiquiátrica cleptómanos de gran inteligencia que socialmente son reconocidos como intachables. Las víctimas de este impulso pueden llevarse desde objetos de gran valor como libros reconocidos hasta artículos innecesarios como una pipa, un cepillo de dientes o un jabón. Se sabe de casos de cleptómanos que una vez que han tenido éxito en la operación regresan lo robado a sus dueños legítimos. De la misma manera se han descubierto sótanos y desvanes repletos de objetos hurtados que no fueron descubiertos hasta años después de su muerte. Numerosos cleptómanos pertenecen al grupo de coleccionistas especializándose en acumular faltantes que guardan religiosamente como si fueran tesoros. En todo cleptómano hallamos una compensación a las renunciadas de la infancia y una búsqueda del cariño del que se careció de parte de los padres.

Otra forma de impulsividad es la de los apostadores que no pueden detenerse ante el triunfo porque retornan al juego hasta que pierden cuanto ganaron. En el fondo gozan con la turbación e inquietud que provoca tanto el ambiente que acompaña la victoria como el de la derrota y por ello vuelven a arriesgar lo conquistado en nuevas justas. Parecería que el apostador presenta el deseo inconsciente de perder, el cual es más poderoso que el consciente de adueñarse de una fortuna.

El fracaso se constituye en la penalización que se paga al recrear la omnipotencia como una agresión contra los padres y educadores. En todo apostador notamos la existencia de la urgencia masoquista que los hace reprochar al mundo las injusticias a las que les sometieron los progenitores. Durante el juego se dicen: "puedo ganar a pesar de

las pocas posibilidades y las reglas que implantaron mis padres".

Desde el punto de vista psiquiátrico encontramos varios tipos de apostadores que son: el clásico, en que predomina la omnipotencia, asegurando que tarde o temprano llegará la fortuna; los motivados por culpa inconsciente, que viven el juego como expiación o castigo; los defensivos con ideas de superioridad que disminuyen a sus rivales creyéndose más audaces e inteligentes; los flemáticos que se mantienen en una actitud desligada fingiendo falta de excitación en cuanto acontece y los cambiantes que pasan de la furia a la conmisericordia.

Por último, debemos citar entre los compulsivos a los mitómanos o mentirosos que imponen logros ficticios a sus pobres alcances. Habitualmente engrandecen su posición social, los éxitos afectivos con enamoramientos imposibles o que poseen una riqueza inexistente. Obviamente sufren un problema de identidad y odian lo que son, adoptando una falsa personalidad.

## Orígenes de la impulsividad

Las personas impulsivas niegan los peligros y presentan como característica esencial la IRRESISTIBILIDAD de sus acciones. Lógicamente tenemos que remontarnos a su infancia para encontrar el origen de la situación impulsiva, cuando el niño comienza a dominar sus movimientos y sus padre posponen actos que no sean los coordinados impidiéndoles lo deseado. En todo carácter impulsivo hallamos una agresión que se expresa libremente y sin ambivalencia, porque la persona lucha contra un mundo que quiere someterlos. Sus relaciones se vuelven caóticas porque alteran su narcisismo y la imagen megalomana que viven. Un caso típico sería el de Carlos Salinas de Gortari, quien primero atacó a su sirvienta, más tarde a un caballo y finalmente su impulso no se detuvo ante su propio pueblo.

En 1927 Sigmund Freud se interesó en el caso de Dostoievsky, quien era un jugador empedernido, buscando castigo. Recuérdese que como apostador permanecía en la mesa de juego hasta perder cualquier cantidad de dinero. De inmediato recurría a su esposa (figura materna) a la que le daba su palabra de honor de que lo que le prestara solamente lo utilizaría para pagar las deudas, pero en cuanto contaba una cantidad rompía la palabra dada y arriesgaba lo que había adquirido perdiéndolo sin remedio. Entonces se humillaba pidiendo el correspondiente regaño repitiendo la operación.